





Octavio Arizmendi Posada
Monseñor Javier Echevarría Rodríguez

La perfección humana

como fin de la Universidad

Colección Cultura Institucional



Universidad de
La Sabana

Arizmendi Posada, Octavio

La perfección humana : como fin de la Universidad /
Octavio Arizmendi Posada, Monseñor Javier Echevarría
– Chía : Universidad de La Sabana, 2014.

96 p. ; 10.5x17cm. (Colección Cultura Institucional)

ISBN: 978-958-12-0356-7

Incluye bibliografía

1. Perfección (Cristianismo) 2. Cultura 3. Iglesia y edu-
cación I. Arizmendi Posada, Octavio II. Monseñor Javier
Echevarría III. Universidad de La Sabana (Colombia) IV.
Tít. VI. Serie.

CDD 378.0712

Co-ChULS

Reservados todos los derechos
© Universidad de La Sabana
2014
ISBN: 978-958-12-0356-7
800 ejemplares
Impreso y hecho en Colombia
Hecho el depósito legal

Universidad de La Sabana
Dirección de Publicaciones
Campus del Puente del Común
Km 7 Autopista Norte de Bogotá
Chía, Cundinamarca, Colombia
Tel. (57-1) 8615555 Ext. 45001
<http://publicaciones.unisabana.edu.co>
publicaciones@unisabana.edu.co

Colección Cultura Institucional



Dirección de Cultura Institucional
María Claudia Gutiérrez Prieto
DIRECCIÓN GENERAL

Dirección de Publicaciones
Elsa Cristina Robayo Cruz
DIRECCIÓN EDITORIAL

María José Díaz-Granados
Hernando García B.
CORRECCIÓN DE ESTILO

KILKA - Diseño gráfico
DISEÑO DE CARÁTULA

Dirección de Publicaciones
Universidad de La Sabana



DIAGRAMACIÓN Y MONTAJE
Mauricio Salamanca

Nomos impresores
IMPRESIÓN



Contenido



 La perfección humana como fin de la Universidad	9
Introducción	11
Noción de perfección humana.....	11
Conclusión.....	30
Referencias	31
 No basta enseñar a producir, a rendir, a ganar. Lo que importa de verdad es aprender a vivir rectamente	33



La responsabilidad del estudiante para con la cultura49

La tarea del conocimiento 51

Examen de conciencia 65

La responsabilidad mayor..... 80

La perfección humana como fin de la Universidad*



Octavio Arizmendi Posada

* Discurso de inauguración del campus del Puente del Común, en acto académico realizado en el salón de actos, el 7 de octubre de 1988.



Introducción

Generalmente se acepta en nuestros días, sin mucha discusión, que el fin de la Universidad como institución es la investigación científica, la docencia y la extensión de sus servicios a la comunidad. Normalmente no se repara en que esas tres actividades no son el fin sino los medios. En este documento me propongo desarrollar la tesis de que el verdadero fin de la Universidad como institución debe ser la perfección humana de sus integrantes, conforme a un ideal de perfección previamente adoptado según la filosofía de cada institución y los cánones de perfección correspondientes a la cosmovisión en que la Universidad se inscribe.

Noción de perfección humana

Desde los más remotos orígenes, la educación del hombre ha sido un proceso consciente o inconsciente de los mayores para ayudar a los jóvenes en el perfeccionamiento de su naturaleza. Se puede definir la educación como la cooperación que la familia y los demás, especialmente los educadores, dan a cada persona para que llegue a ser lo que debe ser, según un ideal o arquetipo implícito en todo proceso educativo.

El fundamento de esta perfectibilidad del hombre es la naturaleza humana misma que se realiza en cada individuo de la especie, que es una persona, es decir, un sujeto de naturaleza corporal y espiritual y como consecuencia está dotado de una inteligencia racional, una voluntad libre y un instinto de sociabilidad con los demás y con su Creador. Esa naturaleza es finita y por ello, aunque cada ser humano vivo es completo en el orden de la esencia, sin embargo es incompleto en el orden del ser y por tanto, perfectible por la educación y por la acción de Dios en cada uno.

Debemos trazar los orígenes del ideal de perfección humana que profesamos, en la civilización griega y en la cultura hebrea anteriores a Cristo.

La razón es que nuestro país es heredero de la civilización occidental cristiana que es a la vez filial de la extinguida civilización grecolatina y de la cultura hebrea que, a pesar de su pequeñez geográfica, fue como el almácigo en que germinó el vigoroso árbol de la cultura cristiana, cuya sombra ha llegado a cubrir la humanidad entera como la semilla de que nos habla la parábola evangélica.

Para los griegos, el ideal del proyecto educativo era el concepto de *areté*, que significa saber, virtud, belleza, excelencia humana,

calidad sobresaliente, fuerza y mérito.¹ La meta superior de la educación era la armonía mediante el equilibrio de los elementos constitutivos del hombre: la belleza y la fortaleza física que se lograba mediante la gimnasia y las artes marciales, la sabiduría del entendimiento que se habría de lograr mediante la filosofía, la dialéctica y la retórica y la perfección de la voluntad por la virtud. Todo ello era el objeto de la *paideia*, el ideal de la perfección humana natural.

Para los judíos el ideal era la justificación, el hombre justo, que no era solamente el hombre que practica la virtud de la justicia sino el que cree en Dios Creador y cumple el decálogo y todos los preceptos de la ley de Moisés, muchos de los cuales eran preceptos humanos de carácter ritual, higiénico, dietético, etc. El ideal de perfección o justicia era el contenido y el fin de la educación judía que se impartía en las sinagogas y en los hogares. Los maestros, los rabinos. El texto, la Sagrada Escritura. Los libros de la Biblia que por su estructura resultaban más didácticos para la educación de los jóvenes son los libros sapienciales que son colecciones de proverbios y máximas morales, como el libro de la *Sabiduría* y los *Proverbios*. El libro de Tobías, con los sabios consejos del

¹ Borrero, A. (1988). *Educación y política: la educación en lo superior y para lo superior*. Bogotá: Ascún.

anciano Tobías a su hijo, debió ejercer también gran influencia educativa.

La venida de Cristo, el Salvador anunciado por los profetas y esperado por el pueblo judío durante miles de años, representa la plenitud de la Revelación de Dios al hombre. Esta revelación no es solamente *lo que Cristo nos revela sobre la unidad de la naturaleza y la Trinidad de las personas en Dios* y su plan de salvación, sino que es también la revelación sobre el hombre mismo, su naturaleza, su fin y su destino. Cristo revela el hombre al hombre mismo. No solo con las palabras sino con la realidad de quien se llamó a sí mismo Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Pilatos no fue plenamente consciente de lo que significaban sus palabras a los judíos refiriéndose a Cristo cuando dijo: “He aquí EL HOMBRE”. En efecto, Jesucristo, en la perspectiva cristiana es perfecto hombre y perfecto Dios: una sola persona, la segunda persona divina, que en el misterio de la Encarnación, sin dejar de ser Dios, asumió la naturaleza humana en el seno virginal de una mujer de la raza humana, María. “He aquí el Hombre”. A partir de Cristo este se convierte en el único modelo para sus discípulos. Es el maestro. La *paideia* consistirá en imitar a Cristo, en parecerse al modelo. El ideal cristiano de perfección humana es la santidad, que es un proceso de crecimiento espiritual, al impulso de la gracia santificante que Dios da

por medio de los sacramentos instituidos por Cristo. El hombre deberá cooperar libremente con la acción de la gracia santificante que es un don espiritual que Dios otorga al hombre y que es como una cualidad habitual que asemeja el hombre a Dios.

Hasta la venida de Cristo, los ideales de perfección humana eran ideales de perfección natural y se basaban exclusivamente en el esfuerzo de la razón y de la voluntad humana. A partir de Cristo un nuevo elemento aparece para ayudar al hombre a alcanzar la perfección humana: la gracia divina. Para el cristianismo, la perfección humana no es ya el *areté* griego que buscaba la armonía de la belleza corporal, la verdad y la virtud. No es tampoco la simple "justificación" producida por la fe y la observancia de las prescripciones de la ley mosaica. Es la perfección del amor a Dios y a los demás, que es la esencia de la perfección. En el monte Sinaí, Yahvé había dicho a Moisés: "Sed santos como santo soy Yo"² y Jesucristo había confirmado el mandato de buscar la perfección con estas palabras: "Sed perfectos como perfecto es mi Padre Celestial".³ O sea que estamos ante un mandato divino de buscar la perfección humana que se refiere a la perfección

² Lv xi, 45.

³ Mt v, 48.

de lo específicamente humano del hombre: la perfección del entendimiento mediante la búsqueda y la posesión de la verdad, de la voluntad mediante la práctica del bien, o sea de la virtud moral y la de su espíritu mediante el crecimiento de la gracia santificante.

A este propósito, decía san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, inspirador y promotor de esta Universidad:

Si miramos a nuestro alrededor y consideramos el transcurso de la historia de la humanidad, observaremos progresos y avances. La ciencia ha dado al hombre mayor conciencia de su poder. La técnica domina la naturaleza en mayor grado que en épocas pasadas y permite que la humanidad sueñe con llegar a un más alto nivel de cultura, de vida material, de unidad... en el orden religioso, el hombre sigue siendo hombre y Dios sigue siendo Dios. En este campo la cumbre del progreso se ha dado ya: es Cristo, alfa y omega, principio y fin. En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió y resucitó y vive y permanece siempre.⁴

⁴ Escrivá de Balaguer, J. (1991). *Es Cristo que pasa*, 28.^a ed. Madrid: Ediciones Rialp. n.º 104.

El contenido de la *paideia* cristiana está ya en los Evangelios y en las epístolas y pronto dará origen a toda la literatura patristica durante los primeros siglos del cristianismo y a la poderosa sistematización teológica de la Edad Media, ocurrida en el seno de las universidades y realizada por profesores universitarios, pues tales fueron san Alberto Magno, santo Tomás, san Buenaventura, Duns Scoto y muchos otros.

El conocido educador español Víctor García Hoz, aludiendo al hecho de que la formación humana es un proceso de adquisición de nuevas formas dice:

Si el hombre es susceptible de adquirir nuevas formas lo debe a que es un ser finito, una realidad incompleta; las nuevas formas que adquiere en virtud de la educación van colmando en él el vacío de su finitud, van completando sus posibilidades de ser, van perfeccionándole.⁵

La perfección humana es la perfección de la naturaleza humana en sus dimensiones espirituales y corporales, individuales y sociales. Si la Universidad es la más alta institución del sistema educativo de una sociedad y el asiento por derecho propio de la

⁵ García Hoz, V. (1963). *Pedagogía de la lucha ascética*. Madrid: Ediciones Rialp.

educación superior, entonces ha de ser una institución que se preocupe de brindar una educación integral y no solamente una formación profesional. ¿Cómo definir una educación integral?

Una educación integral de nivel superior será entonces aquella que ofrezca a todos los universitarios unos medios adecuados para desarrollar armónicamente su inteligencia, su voluntad, su vida espiritual, su sociabilidad, su sentido estético y su vigor físico.

El perfeccionamiento de la inteligencia supone el desarrollo de hábitos o virtudes intelectuales y de conocimientos suficientes en las diversas esferas del saber, amén de conocimientos profundos de la ciencia o profesión elegida como vocación personal. El perfeccionamiento de la voluntad supone el conocimiento de los criterios de distinción entre el bien y el mal; el conocimiento fundado de las normas de la ley moral que provee las pautas para el ejercicio responsable de la libertad y el desarrollo de las virtudes morales, principalmente de las que deben caracterizar a un verdadero universitario.

El perfeccionamiento de la vida espiritual supone el conocimiento profundo de la propia fe religiosa, si se tiene, y el desarrollo de la vida espiritual, es decir, de la relación del hombre con Dios en forma tal que dicha

relación de sentido al quehacer ordinario, a la vida en sociedad, es decir, que permita construir una unidad de vida, esto es, una coherencia entre principios y conducta.

El perfeccionamiento de la sociabilidad supone el desarrollo de las virtudes sociales, es decir, las que deben regular las relaciones con las demás personas y con las comunidades a las que cada uno pertenece.

El perfeccionamiento del sentido estético implica la recta apreciación de la belleza en la naturaleza y en el arte, conocer el desarrollo artístico a lo largo de la historia y ser capaz de dar expresión a las aptitudes artísticas si se tienen, aunque no sean las bellas artes el campo de su formación profesional.

El perfeccionamiento corporal implica adquirir los conocimientos y los hábitos para la protección de la salud, la oportunidad de adquirir destrezas y habilidades físicas y de expresión corporal como las que se desarrollan a través del deporte, la gimnasia, el teatro, la danza, etcétera.

Lo dicho nos plantea el tamaño del reto formativo que corresponde a una verdadera universidad.

La Universidad y la perfección de la inteligencia

En cuanto a las virtudes intelectuales que se deben cultivar en una universidad deseo referirme brevemente a las siguientes:

- La curiosidad intelectual o hábito del estudio en búsqueda de la verdad sin contentarse con explicaciones superficiales o insuficientes. La curiosidad intelectual es el comienzo de la ciencia, como proceso de identificar problemas, formular interrogantes, aventurar hipótesis, verificarlas y construir generalizaciones válidas. La curiosidad intelectual lleva a la laboriosidad intelectual que consiste en realizar el esfuerzo mental, aplicado y constante, en la búsqueda de la verdad y que es virtud también de la voluntad.
- La probidad intelectual que nos lleva a respetar la propiedad intelectual ajena, una de cuyas consecuencias es no presentar ideas o escritos ajenos como si fueran propios y evitar cualquier simulación o fraude intelectual. La probidad intelectual nos lleva a otra virtud: a la humildad intelectual que nos permite reconocer que estamos equivocados, cuando lo estamos, rectificar nuestros juicios; evitar la arrogancia y el dogmatismo al dar las propias opiniones;

evitar la autosuficiencia y reconocer los límites del propio conocimiento y de cada ciencia particular entendida como conjunto de conocimientos que hoy por hoy nos dan explicaciones aparentemente satisfactorias de algunos fenómenos, pero que pueden ser sustituidos por otros como lo prueba la historia de las ciencias.

- Finalmente, quiero mencionar el rigor intelectual que consiste en la precisión y lógica de los procesos intelectuales y de los métodos investigativos y aplicativos para eliminar el error, el sofisma, el prejuicio, las falacias y otros vicios del pensamiento o del método científico y asegurar así el hallazgo de la verdad objetiva y la recta aplicación de los conocimientos científicos a la solución de los problemas concretos, bajo la guía de la ley moral.

Si la Universidad no enseña estas virtudes no estaría cumpliendo su misión a cabalidad. Cuando no las enseña la Universidad, en lugar de ser solución se convierte en cómplice y causa de las crisis morales de la sociedad. Hace un siglo, Rafael Núñez afirmaba:

No basta poner en manos de la juventud las armas de la ciencia y de la técnica. Es

preciso, además, enseñarles a emplearlas para obrar el bien⁶.

La Universidad y la formación filosófica

No hay verdadera formación académica sin formación filosófica. Académica es un término que proviene de *Academos*, un héroe ateniense en cuyo homenaje existía un jardín donde Platón fundó su academia filosófica.

La formación filosófica es uno de los medios necesarios para adquirir la sabiduría.

Joseph Pieper hablando de lo académico dice:

Académico quiere decir filosófico; formación académica es lo mismo que formación filosófica o al menos formación que tiene fundamentos filosóficos; tratar de una ciencia académicamente significa considerarla de modo filosófico. Por tanto, una formación no fundamentada en la filosofía ni conformada filosóficamente no puede ser correctamente llamada

⁶ Liévano Aguirre, I. (1944). *Núñez*. Bogotá: Editorial ABC.

académica. El estudio no determinado por un filosofar no es académico.⁷

La Universidad y la formación científica y profesional

Este es el quehacer principal de la Universidad en nuestros días. Por ser de consenso general las características que debe tener, no me voy a referir a ello salvo para destacar la importancia de lograr un equilibrio entre teoría y práctica y de esta con la contribución de la Universidad a resolver los problemas sociales de la población circundante y del aparato productivo del país respectivo.

La Universidad y la formación humanística

Por humanidades entendemos aquellas ciencias que estudian al hombre en sus múltiples dimensiones y realizaciones: el hombre en su ser físico, racional y cultural, es decir, la Antropología y la Psicología en sus diversas especies; el hombre y su quehacer en el tiempo, es decir, la Historia; el hombre y sus expresiones artísticas, es decir, las Bellas Artes y las

⁷ Pieper, J. (1962). *El ocio y la vida intelectual*. Madrid: Ediciones Rialp, p. 173.

bellas letras; las normas morales que deben regir el obrar humano, es decir, la Ética y las diversas ciencias del quehacer social como el Derecho, la Economía o la Politología.

La formación humanística debe estar presente en todas las facultades de la Universidad y no solamente como un grupo de materias electivas o cursos concentrados en los primeros semestres sino como un área debidamente estructurada y presente a lo largo de los años de un ciclo universitario de pregrado. Ella debería incluir aquellas ciencias del hombre, cuya finalidad no es el hacer sino el saber, como son la Filosofía, la Historia, la Literatura, la apreciación de las artes, la Ética, la Sociología, el análisis de las grandes corrientes del pensamiento social y político contemporáneo y otras ciencias de la cultura.

La Universidad y el perfeccionamiento de la voluntad

La voluntad es la facultad con la cual tomamos decisiones y las ejecutamos.

La característica fundamental de la voluntad es la libertad o capacidad de autodeterminación entre varias opciones.

La voluntad humana se perfecciona por la práctica del bien moral y se debilita y destruye por la elección del mal.

El perfeccionamiento de la voluntad se realiza mediante el aprendizaje de las virtudes morales, el trabajo ordenado, constante y aplicado, el autovencimiento, la autodisciplina, la entereza para sobrellevar las contrariedades, dolores, penas y fracasos, el espíritu de servicio a los demás y la moderación en el uso de los bienes y en la satisfacción de los instintos.

La educación de la voluntad, por su importancia, es sinónimo de formación del carácter y con la formación de la inteligencia y el desarrollo de la vida espiritual constituyen los tres elementos que el hombre puede agregar a su complejo psicosomático para constituir la personalidad humana.

La Universidad puede contribuir a la educación de la voluntad de sus universitarios, en primer lugar, mediante el ejemplo de rectitud y de virtudes de sus directores y profesores; por el grado de seriedad y exigencia del proceso educativo y por la inclusión de la enseñanza de la Ética general y profesional en sus planes de estudio.

Hablando de dicho tema, el Concilio Vaticano II afirmaba:

La educación de los jóvenes concretamente, sea cual fuere su origen social, debe ser orientada de modo que aparezcan hombres y mujeres que no sólo sean personas cultas sino de fuerte personalidad.⁸

La Universidad y el perfeccionamiento de la vida espiritual

No es verdad que este aspecto pueda ser exclusivo de las universidades con una definida inspiración religiosa porque siempre cabe que, aunque se trate de una universidad neutral en lo religioso, si ella tiene verdadera mentalidad universitaria habrá de ofrecer los medios para que los alumnos que lo deseen puedan no solo profundizar en el conocimiento de lo religioso en forma científica sino también para encontrar los medios de cultivar su vida espiritual personal. A este respecto, escribía el fundador del Opus Dei:

La religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquietta— si no trata y conoce al Creador: el estudio de la religión es una necesidad

⁸ Concilio Vaticano II, Decr. *Gaudium et spes*, 7.XII.1965, n.º 41.

fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una universidad de la que la religión esté ausente, es una universidad incompleta porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye —sino que exige— las demás dimensiones.⁹

La Universidad debe ser fuente de sabiduría

Un amigo a quien conocí en la Universidad de Harvard me contó que cuando se iba a marchar de su hogar a iniciar sus estudios universitarios en dicha universidad, su padre le dijo: “Recuerda que en la Universidad de hoy te darán ciencia y tecnología. La sabiduría la tendrás que buscar en la Iglesia y en las obras de los grandes maestros”. Yo pienso que hay que reivindicar para la Universidad el título de fuente de la sabiduría. Ello se logrará en la medida en que en las universidades se reinstaure el papel que deben tener, como elemento del proceso educativo

⁹ Escrivá de Balaguer, J. (1989). *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, 17.ª ed. Madrid: Ediciones Rialp, n.º 73.

al alcance de todos los universitarios, el saber teológico y el saber filosófico que son las formas superiores de la sabiduría.

La Universidad y la formación deportiva

Aunque no sea de la esencia de la misión de la Universidad la cultura física, las actividades deportivas y otras relacionadas con la expresión corporal sí hacen parte de un proceso de educación integral. Es más, la enseñanza y la práctica de los deportes puede ser un medio muy efectivo para la enseñanza de aquellas virtudes humanas que conforman el espíritu deportivo que es elemento constitutivo de un buen deportista. El espíritu deportivo es la suma de hábitos como la reciedumbre, la constancia, el juego limpio, la disciplina, la templanza, el trabajo en equipo, el optimismo, el buen ánimo, la cordialidad, etc., que son cualidades de carácter, que los deportistas deben aprender a vivir en el deporte y que son aplicables a todas las circunstancias de la vida. Por todo ello una universidad debe dar cabida en la estructura de su proceso educativo a la actividad deportiva con toda la seriedad y profesionalidad que debe caracterizar todo el quehacer universitario.

La Universidad y la paz

En los violentos tiempos que nos ha tocado vivir, la misión de la Universidad es la de ser promotora de la justicia y de la paz. Dicha misión ha de realizarse no solo en la elaboración de una pedagogía de la paz sino también en canalizar el trabajo de profesores y alumnos en actividades concretas y al estilo de la Universidad. A este respecto, mi admirado amigo y maestro Jaime Sanín Echeverri escribió:

Siempre he pensado que la historia, experimentada en la división del trabajo, puso dos clases de miembros de la sociedad en los extremos: allí dejó a unos como portadores de las armas en defensa del derecho, les permitió disparar y matar, pero los privó de deliberar; y aquí, en la Universidad, puso a otros hombres, a quienes obliga a deliberar continuamente sobre todo lo material y lo inmaterial pero les prohíbe portar armas.

Cuando los soldados deliberan hay guerra. Cuando los universitarios disparan, aunque sea piedras, hay sedición. Den gracias las inermes letras de que les cupo la mejor suerte: pensar, hablar, discutir,

no matar. El precio de poder matar es demasiado alto: no deliberar.¹⁰

No me extiendo en este tema porque ya lo traté en otro escrito y no voy a fatigarlos repitiéndolo aquí.¹¹

Conclusión

Con lo dicho hasta aquí he tratado de probar la tesis de que el fin de la Universidad es la perfección humana y, por lo tanto, noética, ética y espiritual de quienes la integran y de que los medios para lograrlo son la investigación, la docencia y la extensión de sus servicios a la comunidad.

He tratado de describir las características fundamentales del proceso educativo de una universidad para cumplir ese fin, cuyo logro no interesa solo a los estudiantes y profesores sino a la sociedad entera, pues la Universidad es el semillero de los conductores de la sociedad en todos sus aspectos y formar conductores es tarea que ha de realizarse con perfección, con excelencia. Por ello cabría

¹⁰ Sanín Echeverri, J. (1971). *La Universidad nunca lograda*. Bogotá: Editorial Voluntad, p. 9.

¹¹ Arizmendi Posada, O. (1986). "La Universidad, la lucha contra la pobreza y la promoción de la paz". Bogotá: Universidad de La Sabana (documento mimeografiado).

definir a la universidad que se proponga esa meta, como una comunidad de profesores y alumnos que trabajan unidos para ayudarse a alcanzar un alto ideal humano de saber y de virtud, en un ambiente de libertad, rigor científico, objetividad, laboriosidad, totalidad, universalismo y plenitud.

Referencias

- Arizmendi Posada, O. (1986). *La Universidad, la lucha contra la pobreza y la promoción de la paz*. Bogotá: Universidad de La Sabana (mimeo).
- Borrero, A. (1988). *Educación y política: la educación en lo superior y para lo superior*. Bogotá: Ascún.
- Concilio Vaticano II (1965). *Decr. Gaudium et spes*, 7.XII., No. 41.
- Escrivá de Balaguer, J. (1991). *Es Cristo que pasa*. 28ª. ed. Madrid: Ediciones Rialp, No. 104.
- Escrivá de Balaguer, J. (1989). *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. 17ª. ed. Madrid: Ediciones Rialp, No. 73.
- García Hoz, V. (1963). *Pedagogía de la lucha ascética*. Madrid: Ediciones Rialp.

Juan Pablo II (1o. de julio, 1986). Discurso a los dirigentes. En: *Así nos habló. Mensajes de S.S. Juan Pablo II a los colombianos*. Julio 1 a 7 de 1986. Segunda ed. Comité Ejecutivo Nacional. Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano. Visita Apostólica de S.S. Juan Pablo II a Colombia. Bogotá: Editorial Carrera 7ª.

Liévano Aguirre, I. (1944). *Núñez*. Bogotá: Editorial ABC.

Pieper, J. (1962). *El ocio y la vida intelectual*. Madrid: Ediciones Rialp, p. 173.

Sanín Echeverri, J. (1971). *La Universidad nunca lograda*. Bogotá: Editorial Voluntad, p. 9.

**No basta enseñar
a producir, a rendir,
a ganar.**

Lo que importa de verdad es
aprender a vivir rectamente*



Monseñor Javier Echevarría Rodríguez

* Entrevista efectuada a monseñor Javier Echevarría por Fernando López Pan y Miguel Ángel Jimeno, publicada en *Nuestro Tiempo*, n.º 547-548, I-II.2000.



¿Es la Universidad de Navarra del año 2000 la que imaginó su fundador, san Josemaría Escrivá de Balaguer?

No dudo en responder afirmativamente. San Josemaría Escrivá de Balaguer promovió numerosas iniciativas en todo el mundo. E imaginó muchas otras que todavía no han nacido. Eran fruto de su afán apostólico, de su espíritu emprendedor, creativo, optimista. Congeniaba con las personas de talante constructivo, que no se limitan a quejarse ante los problemas sino que aportan su grano de arena para resolverlos. Pero nunca se sentía propietario de esas tareas, sino sembrador.

San Josemaría Escrivá de Balaguer nos contó muchas veces sus *sueños* sobre la Universidad de Navarra: un lugar de estudio sereno, de libertad, de convivencia, de servicio. Estoy seguro de que gozaría hoy, recorriendo el campus y conversando con profesores, empleados y alumnos, como le ocurrió muchas veces en los comienzos de esta aventura. Pero disfrutaría sobre todo viendo que la Universidad renace cada día del trabajo, de la oración y de los *sueños* de los que ahí trabajan.

¿Cuál debe ser el papel de la institución universitaria en la sociedad de hoy? ¿Qué rasgos son permanentes y cuáles pueden y deben adaptarse a las nuevas circunstancias sociales, económicas y culturales?

La Universidad no debería sólo *adaptarse* a las nuevas circunstancias, sino situarse —con palabras que san Josemaría Escrivá de Balaguer empleaba en otro con texto— “En el origen mismo de los cambios”. Esa actitud renovadora significa también atesorar los logros conseguidos y, desde luego, los valores indeclinables.

La Universidad es tierra de cultivo de ideas y proyectos capaces de generar progreso social. En los últimos años han nacido nuevas instituciones dedicadas a la investigación, y algunas cuentan con más recursos y con la ventaja de la especialización. Pero la Universidad sigue siendo un ámbito propicio para la transmisión de la sabiduría.

Visión de conjunto, conciencia de la propia misión de servicio, primacía de la persona, espíritu innovador, administración serena del tiempo: esos son, entre otros, los rasgos que la Universidad debe conservar, a mi juicio, para seguir siendo protagonista del progreso.

Los conocimientos científicos crecen a tal velocidad que los investigadores han de especializarse en áreas muy concretas, tanto que corren el riesgo de perder la visión de conjunto. ¿Piensa usted que es posible combinar la especialización con las verdades más profundas del hombre? ¿Podría dar algún consejo al respecto?

Pienso que no solo es posible sino necesario y considero que, para un profesor universitario, es muy importante mantener la visión de conjunto: todo trabajo debe ayudarnos a poseer una idea clara sobre nosotros mismos y sobre el mundo y a integrar esas convicciones en un proyecto de vida coherente. En mi opinión, los profesores han de transmitir a los estudiantes conocimientos sólidamente adquiridos y doctrinalmente rectos, que ayuden a descubrir el sentido de la propia existencia. No basta enseñar a producir, a rendir, a ganar. Lo que importa de verdad es aprender a vivir rectamente.

A la vez, no ignoro que mantener la visión de conjunto del saber es tarea difícil. Hay poco tiempo y mucho que hacer. Si tuviera que dar un consejo, aunque me gustaría más bien pedirlo a muchos profesores, sugeriría fomentar la amplitud de miras: saber regalar-se grandes libros, seguir temas importantes de actualidad, conversar con sincero interés sobre el trabajo y las ideas de nuestros colegas, fomentar el diálogo interdisciplinar, ser dóciles a la verdad y humildes de inteligencia para rectificar o recomenzar cuantas veces sea necesario.

¿Qué espera de la actividad investigadora de los profesores? ¿Qué pediría a los profesores e investigadores de la Universidad de Navarra?

A quienes trabajan en la Universidad de Navarra les pediría que sigan indagando especialmente aquellas cuestiones que tengan amplias repercusiones sociales. Un investigador cristiano encuentra en su fe un acicate y una luz para profundizar en los problemas reales de su tiempo: la dignidad de la persona, los derechos humanos, el respeto a la vida, las exigencias de la solidaridad, la construcción de la paz y tantos otros temas que precisan de una nueva concepción de la investigación universitaria, que tenga siempre presente su misión de servicio al hombre.

Me viene a la cabeza la insistencia del Papa en la necesidad de estudiar el modo de resolver la deuda pública de los países del Tercer Mundo. Pienso que una universidad como la de Navarra ha de descubrir y aceptar los retos que plantean este tipo de cuestiones, que son muy complejas y que exigen un alto nivel de conocimientos especializados y una profunda atención a la persona.

La relación entre el profesor universitario y el alumno ha perdido la solemnidad de antaño. Ahora las relaciones son más cercanas y fluidas. ¿Puede contribuir esa proximidad a sembrar los grandes ideales en el corazón de los estudiantes? ¿Cómo lograr la proximidad al alumno, tan conveniente en su formación, sin caer en una familiaridad impropia?

Me parece una cuestión interesante, que ya tenía muy presente san Josemaría Escrivá de Balaguer cuando esta *alma máter* daba sus primeros pasos. También en esto se aprecia lo que es permanente y lo que va cambiando en la Universidad con el paso del tiempo. En estos momentos, la vida académica ha superado cierta rigidez y, a la vez, aún conserva esa cortesía que no es superficial sino muestra sincera de respeto.

Pienso que la convivencia de profesores y alumnos debe situarse siempre entre esos ejes de coordenadas: amistad y respeto. Ese clima facilita, en efecto, un diálogo enriquecedor para ambas partes, porque tanto el profesor como el alumno tienen lecciones que aprender e ideales que compartir, más allá de las diferencias culturales o religiosas. A la vez, la lógica más elemental lleva al estudiante a madurar la idea de que es discípulo, de que le conviene *saber escuchar*.

¿Cómo pueden ayudar los antiguos alumnos a la Universidad de Navarra?

No es fácil resumir en pocas palabras la riqueza que encierra la relación entre los graduados y la Universidad, sus profesores, sus empleados y todos los que trabajan aquí. Pienso que esa relación tiene dos caras: los graduados y la Universidad pueden ayudarse mutuamente.

En definitiva, la idea fundamental es que la Universidad mantiene sus puertas abiertas a los graduados: son siempre bienvenidos, porque de algún modo siguen formando parte de esta corporación. En todo momento se agradecen sus ideas y sugerencias, su colaboración en actividades de docencia o investigación, su ayuda económica. Volvemos a lo que mencionaba antes: esta Universidad ha nacido de unos anhelos profesionales y apostólicos, y ha tomado la forma de un proyecto común, abierto a todos: alumnos, graduados, amigos. Todos pueden colaborar si comparten esos ideales cristianos de servicio universitario a la sociedad. Desde luego, quienes han pasado por las aulas de la Universidad están en las mejores condiciones de entender esta propuesta y de encontrar mil modos de cooperar; de incorporarse, en definitiva, a este proyecto.

La libertad de cátedra que caracteriza la tarea del profesor universitario podría plantearle algún conflicto con las autoridades académicas. ¿Cómo conjugar esa libertad propia de una profesión liberal con el respeto a los órganos de gobierno de una universidad?

La libertad personal no debe entrar en conflicto con la unidad de propósitos y la coordinación de tareas que caracterizan a una universidad.

Evidentemente, los profesores que se incorporan a un claustro universitario conocen el ideario, la historia, el espíritu y el estilo de esa institución. En la Universidad de Navarra, el respeto a los demás es uno de esos rasgos de identidad; es un valor positivo que se procura fomentar y no simplemente tolerar. En esta Universidad no hay planteamientos uniformes de escuela única, tampoco en materias teológicas y filosóficas. Dentro de la doctrina de la fe y de la moral de la Iglesia, cada uno puede adoptar la línea de pensamiento que le parezca más oportuna. Hay muchos caminos para llegar a la verdad y nadie debe reclamar para sí el monopolio de la razón.

En ese contexto, se entiende que trabajar en esta Universidad supone compartir ideales, contribuir entre todos a sacar adelante un proyecto profesional apasionante, en un ambiente de libertad y colaboración. Después, en el día a día, se deben tomar decisiones, adoptar unas soluciones descartando otras, elegir entre las diferentes posibilidades y opiniones. Son procesos normales, donde se alternan aciertos y errores humanos, pequeños o grandes, todos los días.

Pienso que conviene ser muy realistas, salvar siempre las intenciones, poner por delante lo que une y no lo que separa y evitar que se introduzcan barreras en el trato. Antes

hablábamos de la amistad y el respeto que deben presidir la relación entre profesores y estudiantes. Por muchos más motivos, amistad y respeto son características fundamentales de la relación entre profesores y directivos.

Por otro lado, ¿qué criterios deben seguir quienes ocupan cargos directivos, para no invadir la legítima libertad de los profesores? ¿Qué principios deben inspirar el gobierno de una universidad en los distintos niveles?

El fundador de la Universidad de Navarra insistió en que gobernar es servir. Y ese es el espíritu que se ha procurado seguir en esta comunidad académica desde sus inicios. Quiero aprovechar que menciono este tema para expresar mi agradecimiento a todas las personas que en estos años han desempeñado alguna tarea de gobierno en organismos de la Universidad, de las facultades, de los departamentos. En muchos casos, para un profesor o investigador, ocupar un cargo directivo implica un sacrificio personal. Porque esa nueva tarea le lleva de ordinario a recortar los trabajos de investigación y docencia que habitualmente le ocupan y hacia los que se encuentra vocacionalmente orientado. Pienso que es de justicia valorar con agradecimiento esa dedicación, que todos prestan gustosamente, con mentalidad de servicio.

A la vez, para realizar la función directiva con profesionalidad y sentido cristiano se requiere también un aprendizaje. Tuve la suerte de escuchar personalmente a san Josemaría Escrivá de Balaguer en consideraciones muy variadas sobre la prudencia en el gobierno. Puedo decir que nunca omitía la referencia a dos cualidades: la colegialidad y la confianza. Si nunca es una persona sola la que decide, si nadie trata de imponer su particular criterio, se crea de modo natural ese clima de confianza mutua que permite trabajar con eficacia y que ningún pequeño conflicto puede empañar.

¿Qué actitud han de encarnar los estudiantes en sus años universitarios? ¿Cuáles deben ser sus principales preocupaciones durante la carrera?

Aunque comprendo el significado de la pregunta, si me permiten la observación, pienso que no es posible determinar las preocupaciones que *deben* tener los estudiantes ni señalar la actitud que han de encarnar. Cada estudiante es diferente. Cada uno es un mundo, con su historia personal, su personalidad, sus talentos, sus afanes y sus inquietudes. En todo caso, podríamos decir que la característica común del estudiante es que se encuentra dedicado de lleno a formarse. Está preparándose, a punto de zarpar para un viaje y sabe que le toca llevar el timón.

La Universidad de Navarra desea ser un lugar adecuado para esos años de grandes decisiones, donde cada uno perfila su proyecto de vida. Se invita a los alumnos a plantearse las preguntas radicales; se les ofrece un contexto que les pueda servir de orientación; se les propone que dirijan la mirada a Jesucristo —Camino, Verdad y Vida—, el único capaz de llenar nuestros más profundos anhelos. Pero, insisto, se trata de invitar, de ofrecer, de orientar, de proponer. Después, cada uno decide con libertad y cada uno es responsable de sus decisiones y de su futuro, que serán buenos y útiles si se acomodan a la Verdad.

¿Debe impregnar la fe cristiana los contenidos de las asignaturas? ¿También de aquellas más experimentales y prácticas? ¿No sería eso una falta de respeto a la libertad del alumno?

En el origen mismo de esta Universidad se encuentra el deseo de realizar una honda tarea profesional, con la luz de la Verdad que se nos ha entregado: Jesucristo. Ahí está la razón de su existencia y el sentido de su presente y de su futuro.

La fe se nos concede para que esté radicada en lo más profundo de la inteligencia y del corazón. Es un don de Dios y una gran riqueza que impregna toda nuestra vida. Un cristiano ejercita su fe cuando va a misa

y cuando está con su familia; al estudiar, al escribir y mientras reza. La fe no es algo postizo, de quitar y poner o de usar según la propia y mal entendida conveniencia.

Un profesor en clase no se manifiesta solo como sabio, sino también como creyente, si ha recibido el don de la fe, que transforma radicalmente lo que poseemos y somos. La fe es intensamente humana. Por eso, su testimonio —que se muestra siempre respetuoso, por su propia naturaleza— no condiciona al alumno. Al contrario, como manifestación de coherencia, constituye siempre una semilla de libertad.

¿Cómo puede contribuir la Universidad a que resplandezca el espíritu cristiano en la sociedad? Y en concreto, ¿cómo puede colaborar la Universidad de Navarra en la nueva evangelización de Europa impulsada por el Papa?

La reciente encíclica *Fides et ratio* atribuye un papel destacado en la secularización de Occidente a la errada separación entre fe y cultura. Allí donde se ha producido la fractura tiene que producirse la reconciliación. Y esta Universidad, como muchas otras en las que se cultivan la fe y las ciencias humanas, puede ser un buen foro para relanzar ese diálogo entre fe y cultura y para promover una ciencia y una cultura vivificadas por la fe.

Los grandes temas que preocupan al hombre contemporáneo se plantean con frecuencia en forma de interrogantes. Y entre las personas que se alejan de Dios, muchas lo hacen porque no encuentran a nadie que comprenda sus preguntas y les ayude a buscar las respuestas. Así sucede con muchas cuestiones: los límites del progreso científico, la naturaleza del matrimonio y de la familia, los fundamentos racionales de la moral, las causas y los remedios de la pobreza, etc. Hay que atreverse a afrontar la necesaria relación entre fe y cultura, sobre la base de una honda preparación científica y de las actitudes que todo diálogo requiere: respeto por el otro, capacidad de comunicación, deseo de mejorar.

Sin olvidar que lo más importante es que profesores y alumnos se esfuercen por caminar personalmente cerca de Cristo y dar a su vida universitaria un intenso sentido cristiano. Porque la evangelización se realiza también con el lenguaje de las obras y uno de los argumentos más convincentes es el testimonio de la propia conducta. Por ese motivo, la responsabilidad apostólica que la Iglesia nos confía no se traduce en un peso abrumador. No se nos piden *imposibles*: se exige de nosotros autenticidad, unidad entre fe, pensamiento y vida. Y en esto la Universidad tiene mucho que aportar en su quehacer cotidiano.

Me vienen a la cabeza las semanas que pasé en la Clínica, hace algunos años. Aquellos días –inolvidables para mí, por muchos motivos– fui destinatario de las atenciones, del cuidado de médicos, enfermeras y empleados. A través de muchos gestos silenciosos, y también de palabras de cariño, entendí más a fondo el atractivo de un servicio profesional realizado con esmero y por amor de Dios.

Quien ha contemplado la Universidad desde las ventanas de una habitación de la clínica, la ve de otro modo, la comprende mejor. Vale la pena aprender esa lección, que también he observado en otros departamentos de la Universidad.

Hace pocas semanas, Juan Pablo II inaugura en Roma el jubileo del 2000, ¿cómo vivir en la Universidad y desde la Universidad el jubileo?

¡Habría tanto que decir! Pero déjenme resumir todo en una sola palabra: conversión. Toda la preparación del jubileo ha sido un camino de conversión, con la gracia de Dios. Y esta mudanza consiste sobre todo en un nuevo encuentro con Jesucristo. Descubrirlo cada día, decidirnos a aprender todo lo que ha venido a revelarnos, ponerle en el centro del alma. No dejar que los muchos afanes o los sufrimientos de la vida nos separen de Él, sino precisamente al contrario, que todo

nos conduzca a Jesucristo. Esa es la invitación que el Santo Padre viene haciendo a cada uno de los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad que buscan, que desean encontrar el sentido profundo de su existencia.

Al fin y al cabo, la conversión, la *metanoia*, el cambio al que el jubileo nos invita es nada más y nada menos que deponer el propio espíritu y atreverse a vivir según el espíritu de Jesucristo, que recrea en nosotros una vida nueva: la vida de los hijos de Dios. He visto asumir diariamente esta disposición —lo recuerdo con inmensa alegría— a mis predecesores en la responsabilidad de gran canciller, san Josemaría Escrivá de Balaguer y S. E. monseñor Álvaro del Portillo.

La responsabilidad del estudiante para con la cultura*



-
- * «Die Verantwortung des Studenten für die Kultur», conferencia en el III *Studententag* alemán en Múnich, el 3 de mayo de 1954 (simposio de tres conferencias junto con Walter Dirks y Max Horkheimer). Publicada en GUARDINI, R., DIRKS, W. Y HORKHEIMER, M., *Die Verantwortung der Universitiit. Drei Vortriige*, Würzburg: Werkbund, 1954, pp. 5-35. Recogida en GUARDINI, R., *Wurzeln eines grossen Lebenswerkes. Band 4. Aufsätze und kleine Schriften*, Mainz-Paderborn: Grünewald-Verlag/Schöningh-Verlag, 2003, pp. 193-221.



El tema de esta conferencia reza así: «La responsabilidad del estudiante para con la cultura». Si ustedes lo piensan solo un poco, verán que en esto se encierra todo el problema de la universidad. Por tanto, para nosotros únicamente puede tratarse aquí de entresacar algunas ideas de ese gran contexto. Pero se deberá mostrar en qué medida se consigue con ellas un acercamiento al núcleo del problema.

Nuestras argumentaciones se moverán continuamente en las proximidades de la ética, pues el concepto de «responsabilidad» -bajo el cual se halla todo el simposio (el *Studententag*)- es ciertamente de índole ética. De este modo, solo puedo esperar que ustedes, mis oyentes, y yo mismo lleguemos a esa convergencia de seriedad y sinceridad en la que se pueden tratar tales cosas sin moralizar.

La tarea del conocimiento

I

En el entramado del problema que ha de ocuparnos aquí, hay una pregunta totalmente corriente que debe plantearse de entrada, a saber: ¿qué busca quien viene a la universidad?

La primera respuesta proviene del sentimiento fundamental de la edad en que normalmente uno se decide por la entrada en la universidad. Es la etapa de la vida ascendente; y este ser que asciende espera encontrar allí espacio y alimento.

Sé cuánto se puede objetar aquí. El carácter de la universidad ha variado mucho después de la Segunda Guerra Mundial con respecto al del período precedente; se ha diferenciado considerablemente de aquel que tenía cuando todo parecía aún rico y ordenado. Hoy ya no puede hablarse de una aureola o un esplendor del estudiante; no obstante, eso a lo que me refiero sigue siendo verdad.

La etapa de la universidad constituye por lo general el trecho vital entre la escuela y la profesión. Ciertamente exige disciplina y rendimiento, pero a la vez tiene el carácter de una libertad peculiar. La escuela, con sus coerciones, ha pasado; la profesión, con su rigor inexorable, no es todavía. Así, se abre una posibilidad de encontrarse con cosas, personas, ideas a partir de un impulso interior.

Naturalmente, esto se efectúa de modo distinto en cada individuo, y probablemente cualquiera de ustedes tendría que hacer su propia observación a lo dicho. Sin embargo, ustedes concederán que de esa etapa es propia una plenitud de posibilidades que ya no

va a volver. El deseo de conseguir las es ciertamente lo primero que conduce a alguien a la universidad.

Pero esto es, por así decir, algo ambiental y no pertenece a lo propio de nuestra cuestión. Incluso se puede pensar que si ello desempeña un papel demasiado grande, no es muy bueno para el correspondiente sujeto, de manera que se le podría aconsejar que traslade el escenario de su disfrute vital a un lugar donde no contamine el aire a quienes se toman la cosa más en serio.

Con todo, este momento es importante. No constituye «solo» el ambiente de la universidad, sino que la configura realmente; pues del aire que respira un ser vivo depende en gran medida su crecimiento. Por eso sería deseable, del modo más urgente, que pudieran mejorarse pronto las condiciones económicas, la cuestión del alojamiento y todo lo demás que tiene que ver con esto. Y ello no solo por razones humanas, sino por el trabajo cultural mismo. Es cierto que la idea del estudiante que a la vez trabaja contiene aspectos moralmente muy elevados; pero, visto desde lo esencial, es una forma deficiente justificada solamente por la necesidad. Si el estudio universitario ha de cultivarse tal y como corresponde a su sentido, exige entonces todas las fuerzas.

Así, sería necesario que el Estado y la iniciativa privada colaboraran con su ayuda. Este objetivo es más importante que algunos otros en favor de los cuales se gastan cantidades difícilmente comprensibles. Desde luego, esta exigencia debería venir acompañada inmediatamente por otra que restrinja más rigurosamente el acceso a la universidad y lo regule de un modo más objetivo.

II

Una segunda respuesta que se puede dar a la pregunta planteada al principio nos acerca más al núcleo de la cuestión: se va a la universidad a prepararse para la profesión.

La profesión será la base sobre la que se desarrolle la vida futura. Traerá el sustento y determinará la posición en la estructura social. Suscitará exigencias morales decisivas y formará el carácter de la manera más enérgica. Con ello se presupone, sin embargo, que se trata realmente de la «profesión», y no simplemente de un medio para ganar dinero. O sea, que a quien se hace médico lo que le importe al final sea el curar, y no los honorarios; o al filólogo le importe llevar a la juventud a una formación intelectual, y no alcanzar una posición administrativa asegurada.

Presupuesto esto, la respuesta normal la da quien dice que considera la universidad como preparación para su profesión, y que la universidad tiene la misión de posibilitar esa preparación. Ella debe proporcionarle el saber necesario, darle una idea de lo que más adelante habrá de producir; conducirlo finalmente, en la medida en que sea posible por su estructura, al poder hacer práctico.

Sin embargo, también aquí habría que expresar un deseo. El saber que la universidad proporciona debe apoyarse en aquella energía del preguntar y aquella seriedad de la responsabilidad intelectual que distinguen la ciencia del diletantismo; pero no debe desbordarse ilimitadamente, pues no se busca por sí mismo sino por el rendimiento profesional posterior. Ese saber ha de formar un todo que pueda abarcarse con la mirada y que a partir de él se pueda trabajar prácticamente. Debe tener una configuración que sea capaz de integrar nuevas materias y problemas permaneciendo, sin embargo, ordenada; nunca acabada, pero siempre estructurada. Y esa configuración debería acuñarse no solo partiendo de la materia, sino también de la forma operativa de la profesión antes ejercida; debería contener, por tanto, una idea viva de lo que es un maestro, un hombre de derecho, un ingeniero..., o sea, cómo estos se hallan en

el conjunto de la vida y a partir de qué *ethos* han de desempeñar su trabajo.

Quien se enfrenta a estas cuestiones sabe qué difíciles son y que ciertamente nunca pueden resolverse más que por aproximación. Pero hoy se percibe de modo especialmente fuerte la insuficiencia de la situación actual. En gran medida, la dura expresión de Rilke vale para la actividad de nuestra época: es «un hacer sin idea». El saber constituye mayormente una masa caótica sin auténtico orden interno, de modo que no puede penetrarse intelectualmente ni traducirse de forma viva en la actividad profesional. En este punto hay todavía mucho que hacer.

III

Hasta aquí sobre la segunda respuesta a la pregunta de qué busca quien va a la universidad. Una tercera contestación procede de la voluntad de investigar. Quien posee esta voluntad se halla cautivado por el carácter, espléndido y fatídico a la vez, del impulso que busca la verdad por sí misma y que nunca llega a un final.

El conocer científico es como una esfera: cuanto más crece, tanto mayor se hace su confín con lo que está fuera de él. Los hechos que descubre, así como las relaciones que han

de ser entendidas, se dilatan hasta el infinito. Cada nuevo hecho descubierto arroja una luz distinta sobre los ya encontrados; y cada nuevo principio ganado sitúa en un contexto diverso los ya conocidos.

El auténtico investigador tampoco pregunta por la aplicabilidad de lo hallado. Lo que le importa es comprender cada vez más completamente la esfera de la realidad a la que se dedica (sea la historia o la naturaleza, la vida jurídica o la educación) y entenderla cada vez más claramente en su contexto. Tras el genuino investigar se encuentra una gran pasión. Está impulsado por un valor absoluto: la verdad; y tiene una ley estricta: el método.

Por tanto, es absolutamente inevitable que la voluntad de investigar entre en conflicto con aquel esfuerzo de conocimiento que conduce a la profesión. Dicha voluntad no se encierra en límite alguno, sino que su campo es tan grande como el todo. No se vincula a fin alguno, sino que busca el conocimiento por sí mismo. La investigación tiene algo en sí misma que hace saltar toda medida. Es -como hubiera dicho un griego- un *deínón*, algo grande y temible; y el investigador es aquel que se siente destinado a eso. Por eso, aquella actividad de enseñanza y aprendizaje que pone al médico en condiciones de curar, o al historiador en condiciones de dar a sus alumnos una idea del contexto de la

existencia histórica, debe defenderse contra la inundación que procede de la investigación. Pues su trabajo necesita la configuración, aunque una configuración abierta.

Pero desde el otro lado vemos también que el saber profesional presupone a su vez el impulso de la investigación. Si en la esfera de una ciencia disminuyera la voluntad del investigador, el saber profesional se agrotaría y se convertiría en una cuestión de transmisión esquemática. Así, el conflicto del que hemos hablado pertenece a la esencia de la universidad y, con ello, también a la situación intelectual del estudiante. Siempre debe haber algunos que no pregunten por ningún otro fin, ni se preocupen de límite alguno, si aquellos cuyo estudio está orientado a la profesión no han de caer en el simple oficio manual. En efecto, quien estudia con vistas a una profesión debe tener en sí mismo una chispa de voluntad investigadora, por pequeña que sea; si no, se convierte en un filisteo desde el punto de vista intelectual. Y el filisteísmo intelectual es peor que el ensimismarse en las preocupaciones y comodidades de la vida cotidiana.

Por tanto, puede decirse que la tercera respuesta a nuestra pregunta está tras la segunda y es eficaz mediante ella; de igual modo que la segunda, con su seriedad, protege a la primera respuesta frente a la

dispersión de uno mismo: es esta una relación significativa e interesante.

IV

Pero aún hay una cuarta respuesta. Que la dan aquellos para quienes se trata simplemente de «la verdad».

Aquí es necesaria una distinción, pues en todo el ámbito académico se trata en efecto de la verdad. Tan pronto como la verdad deja de estar como norma en la conciencia de la universidad, esta se pone enferma. Y ciertamente hemos vivido qué próximo es ese peligro, aunque por desgracia no pueda decirse que la advertencia haya sido suficientemente comprendida. Lo que la verdad significa para la preparación profesional y la investigación podría caracterizarse también, sin embargo, con un concepto más modesto: el de «corrección». También esta noción es una modalidad del concepto de verdad; pero nosotros notamos la diferencia cuando leemos, primero, una disertación científica especializada y después, por ejemplo, el *Fedón* de Platón. Lo que en este último caso se entiende con «verdad» contiene naturalmente el aspecto de corrección, pero también mucho más, a saber, aquello último a lo que el espíritu está

ordenado y que debe querer si no renuncia a vivir como espíritu.

Platón usa para ello símbolos del más alto rango. Es «luz», metáfora originaria del sentido que eleva lo meramente existente a la categoría de lo válido; es «libertad» que se libera de las trabas y coacciones de la cosidad; es «ser» cuyo poder supera la apariencia y la caducidad. Esa verdad define el espíritu, e ir en su busca es para él la tarea esencial. El hombre es hombre con relación a ella.

La voluntad de alcanzar esta verdad significa que el espíritu se abre a lo esencial y válido. La pregunta por la verdad no dice solo: ¿qué es lo que sucede?, ni tampoco solamente: ¿según qué orden y qué leyes existe lo que existe y sucede lo que sucede?; sino que dice así, como ya formularon los griegos: ¿qué es lo que es?, ¿qué es su esencia y su sentido?, ¿qué es aquella energía originaria con la que la verdad se afirma contra la nada, o sea, qué es el ser?

La pregunta no nace por voluntad subjetiva, sino por una llamada que la existencia misma dirige al espíritu. El mundo no es una presencia muda. Es aquello que quiere ser conocido. Todo ente es una forma dotada de sentido, y como tal tiene poder. No un poder exterior o físico, ni tampoco psíquico o sugestivo; sino más bien espiritual, esto es, aquel

poder originario que el sentido tiene sobre el espíritu receptivo y que es algo último que no puede descomponerse más.

En el encuentro con ese poder de sentido nace la maravilla. No solo el sentimiento de qué extraño es eso; ni el interés de para qué puede ser útil; ni la curiosidad de según con qué reglas se realiza tal cosa. Todo eso es importante: ello contiene la verdad de corrección. Pero aquella maravilla llega más hondo. Se dirige a las esencias y su significado, al hecho de que a través de cada esencia individual se expresa algo incondicionado; tal como lo ha formulado Platón cuando dice que tras el comprender las cosas y los procesos está el contemplar sus ideas, contemplación que es tanto un captar como un ser captado. Pero tras las ideas se divisa el *agathon*, esto es, aquello último de lo que el joven interlocutor de Sócrates en la *República*, Glaucón, exclama asombrado: «¡Entonces tú hablas de una belleza inconcebible!» (509a).

Eso es la verdad de la que aquí se trata. Ella tiene grandeza. Posee poder para liberar y saciar el espíritu. Atrae a este con aquella fuerza misteriosa que el mismo Platón llama *eros*. El hombre vive de lo que es más que él. Vive tendiendo hacia lo superior a sí mismo, o también, desde lo superior tendiendo hacia abajo. Todo eso es la verdad que la filosofía indaga.

Y ahora se repite la relación que ya hemos observado. El saber de la investigación llega más lejos que el saber profesional; pero este último solo se mantiene en su autenticidad si se funda en el saber de quienes investigan. Algo análogo sucede con la voluntad que se dirige a la verdad filosófica. No muchos serán capaces y estarán dispuestos a dedicarse completamente a ella. Tal camino espiritual supone mucho; es de nuevo Platón quien determina estos presupuestos, y lo hace con una dureza que disuadirá a quienes no estén realmente llamados. Sin embargo, la filosofía crea a su vez los fundamentos tanto de la investigación como de la enseñanza profesional.

Los crea, por una parte, en cuanto que ella aclara los principios últimos de los que vive todo conocimiento; y, por otra, muestra lo que significa el «método», el «camino» fiable de un dato a otro. Pero, además, la voluntad de corrección de la investigación pierde su seriedad última si no está respaldada por la voluntad de verdad de la filosofía. Un investigador puede ser conquistado por la mera voluntad de corrección hasta el punto de perder el sentido de la pregunta filosófica. Sus conocimientos son entonces acertados, pero permanecen encerrados en su dominio particular. Les falta la claridad última, así como la genuina fecundidad intelectual. Y aunque dicho investigador

llegue a las preguntas fundamentales de la propia esfera, no está a la altura de ellas, porque su solución presupone el conocimiento filosófico. Esto lo vemos, por ejemplo, en la confusión que reina en la esfera de la ciencia de la naturaleza con respecto al problema de la causalidad; o en la perplejidad del pensamiento jurídico en lo referente al fenómeno del derecho como tal.

Aquí se pone de manifiesto una tarea que reclama mayor atención de la que habitualmente se le presta, a saber: una fundamentación filosófica de las ciencias particulares (de la ciencia del lenguaje, del derecho, de la salud y la enfermedad, de la educación, etc.) Y esto con la intención de proporcionar a la especialidad correspondiente, así como al trabajo profesional que se basa en ella, la fundamentación de sentido que necesita, si es que ha de comprenderse correctamente y poder insertar su función en el todo de la cultura.

Max Scheler -a cuyo trabajo parece que finalmente vuelve a prestarse atención-, en su lección sobre metafísica, ha asociado a cada «ciencia» (o sea, a cada dominio científico) una «metaciencia», es decir, un hacerse consciente filosófico que le dé la fundamentación última de sentido y la posibilidad de asumir responsabilidad. Ya es hora de que esto se haga: no como una cosa superflua junto a lo propio y necesario, sino como algo que para

cada especialidad es tan imprescindible como los cimientos para la casa.

V

En nuestras reflexiones se ha mostrado un fenómeno peculiar. La pregunta de qué busca el estudiante en la universidad ha encontrado, en primer lugar, la respuesta de que quiere participar en ese ambiente de apertura que caracteriza esa etapa en relación con el todo de la vida.

La segunda respuesta ha expresado la intención de conseguir el saber necesario para la futura profesión. Su seriedad respalda a la primera y confiere derecho y responsabilidad a la libertad entendida por esa respuesta inicial.

La tercera ha manifestado la voluntad de meterse en el movimiento de la investigación. Este investigar es algo distinto de la adquisición del saber profesional, pero penetra también en este saber y lo funda en su seriedad última.

Una cuarta respuesta vino, finalmente, del impulso hacia la verdad filosófica. Este impulso significa algo distinto de buscar la corrección de la investigación y la fiabilidad del saber profesional, pues ante todo da a cualquier esfuerzo académico su sentido definitivo.

Así, en lo que hacemos en la universidad se muestran estratos de sentido distintos pero ordenados unos a otros.

Examen de conciencia

I

Estas reflexiones, damas y caballeros, se sitúan -como todo el simposio- bajo la idea de la responsabilidad. Tanto que casi se recela de profundizar más en ella por la preocupación de que pueda originarse el embarazoso ambiente moralizante.

Sin embargo, debe decirse ciertamente algo: las decisiones auténticas no se toman allí donde se da la acumulación, la organización o la delegación representativa. A la vista del gran número de participantes en el simposio, será de utilidad que recordemos que, por lo general, el espíritu está en relación inversa con la masa; y depende de nosotros mostrar que esta regla pueda incluso ser superada. Las decisiones auténticas se toman en el interior: allí donde el hombre está ante Dios en la seriedad de la verdad. Todo lo demás viene solo después, e incluso a considerable distancia.

Por tanto, permítanme llamar la atención sobre algunos puntos.

¿Se engañan aquellos que piensan que la disposición de ánimo determinada por la universidad camina preocupantemente hacia lo útil y el porvenir para ganarse la vida, y que la concentración que acarrea no procede del amor al objeto de estudio sino del temor a perder el tiempo?

Está bien a la vista todo lo que se puede replicar. En especial, las dificultades económicas son muy grandes. Además, en el trabajo académico cunde la sensación de que su situación sociológica poseída hasta ahora -el «estatus del académico»- se disuelve, y eso impulsa a la prisa por lograr entrar todavía en cierta posición social.

Todo esto suscita importantes cuestiones. Por ejemplo, ¿dónde estará el futuro lugar sociológico del trabajo científico?, ¿cómo hay que regular el acceso a la universidad para que la totalidad la perciba como algo propio?, ¿cómo pueden crearse órganos de mediación que lleven, sin favoritismos, a las personas correctas a los puestos correctos?, y otras preguntas semejantes. Todo esto, sin embargo, no dispensa de aquella solidez científica únicamente, la cual puede sostener el auténtico rendimiento profesional. En sentido contrario, sucede que si es cierto que el estatus académico entra en crisis, sus peligros se ven entonces acentuados por todo aquel que no lleve a cabo un genuino rendimiento.

Y esto tanto más cuanto que también el compromiso objetivo y la seriedad profesional, el honor de la profesión y la alegría en el trabajo, ya no parecen poseer aquella evidencia que tenían todavía hace tres o cuatro décadas. La mecanización y la masificación han destruido mucho; por no hablar del efecto de los doce años¹ en los cuales ya no se trataba en absoluto del asunto, sino de un punto de vista completamente distinto. La concepción cultural totalitaria tampoco puede reconocer ninguna «profesión» como una llamada interior, como expresión de la voluntad de obrar ínsita en la esencia individual, sino solamente como funciones que el Estado asigna al particular según la necesidad. Estos factores ejercen un influjo que lo invade todo.

Aquí habría un motivo de la mayor urgencia para el autoexamen.

II

¿Y cómo están las cosas en la investigación? ¿Está todo en orden allí? Naturalmente, no hablo de sus respectivos métodos y resultados, sobre los que solo el experto especializado puede juzgar. Ni hablo tampoco de la interior disposición de ánimo del

¹ Se refiere a los doce años del nazismo alemán: de 1933 a 1945 (N. del trad.)

investigador particular, pues pretender juzgarla sería una arrogancia que está muy lejos de mí. Pero hay otra cosa que le importa a todo aquel para quien el trabajo científico en general es importante.

Así, este podría preguntarse, por ejemplo, ¿qué significa la disposición con la que el trabajo de investigación se orienta mayormente al punto de vista de lo útil? Desde luego, con ello contribuye a lo correcto. De este modo, se da el hecho de que la estrecha conexión entre ciencia y efecto útil pertenece a la esencia de lo que se llama «técnica», y por eso debe ejercer su influjo en la elección de temas, en la marcha de la investigación y en todo el modo de tratar el objeto. Se da el hecho adicional, sumamente real, de que la industria está en condiciones de poner a disposición de los ámbitos científicos que se interesan por ella medios económicos, institutos y oportunidades de trabajo que superan las posibilidades del Estado. Finalmente, se da el hecho de que el Estado mismo se tecnifica progresivamente y, por tanto, sus funciones van teniendo una relación cada vez más cercana a las ciencias que fundamentan esa tecnificación; etc. Mediante esto se proponen importantes tareas y se crean posibilidades de trabajo científico. No obstante, uno se pregunta con inquietud: ¿qué efecto tendrá sobre la ciencia esa alianza, cada vez más estrecha,

entre la ciencia misma y la aplicabilidad práctica?, ¿no se dará y aumentará el peligro de que el concepto fundamental de toda investigación, o sea, la verdad, se suplante por el de utilidad?

A la mencionada actitud de la investigación se le dirigió el reproche de que conduciría a una existencia artificial y alejada de la realidad. En algunas cosas la objeción seguramente tenía razón. Lo prueba, por ejemplo, el carácter y número de trabajos en los que se originaban libros a partir de libros y donde los objetos se hinchaban hasta lograr una importancia que no les correspondía. Pero esto no afectaba a la esencia de la búsqueda de la verdad que acontece por mor de sí misma. Y es importante la pregunta: ¿acaso todo el orden del mundo científico, e incluso de la existencia en general, no depende de que las cosas no útiles -en nuestro caso, el rigor y la nobleza de la verdad pura- tengan en él su lugar debido?, ¿acaso la orientación unilateral de la investigación hacia lo llamado «realista» no destruye relaciones de las que depende la integridad del conjunto?

Aquí nos encontramos ante un fenómeno de gran importancia, a saber, el interno carácter orgánico de los valores y también de los actos que los portan. Esto se presenta ya en Platón, para no dejar de repetirse después en toda la ética filosófica. En él no se trata de

un sistema de especies y subespecies de valores morales, sino de la pregunta de cómo la realización de un valor depende, en la existencia concreta, de la realización de otro, o de cómo la desatención de uno repercute en la relación con otro. Así, es sorprendente e inaudito que Platón haga depender la valentía de la intuición. La cuestión no se responde suficientemente remitiendo al intelectualismo griego, ni tampoco interpretando que Platón quería decir que sin diferenciar valores la valentía se convierte en un dinamismo sin sentido. Se trata, más bien, del carácter espiritual de la valentía: de aquel resplandor, aquella medida interna, aquel carácter invencible último que el impulso de resistir y luchar recibe únicamente de la relación con un sentido conocido.

También aquí se trata de algo análogo. La investigación de lo que puede orientarse a un aumento de lo útil y poderoso logra su fiabilidad científica última solo porque hay ámbitos de investigación en los que no se puede hablar en absoluto de utilidad o poder. Tan pronto como ese concepto de investigación deja de determinar la actitud científica, aparecen las posibilidades de confusión más funestas.

Todo esto no se dice a partir de la mera teoría, sino de motivos sumamente reales. ¿Habría sido pensable en el pasado, por

ejemplo, que intelectuales de alto rango hubieran prestado un juramento de mantener un secreto y que luego lo hubieran quebrantado, e incluso que hubieran revelado los resultados de su investigación a una potencia extranjera?; ¿que esto lo hubiera hecho no alguien acaso con defectos de carácter, sino personas estimadas como amigas?; ¿y que ello sucediera no solo una vez, sino durante mucho tiempo? Tal comportamiento ¿no habría hecho sencillamente imposible el *ethos* de verdad del investigar? Se dirá que esos casos son excepciones condicionadas por fanatismo político. Pero nosotros conocemos solo los casos que han salido a la luz, no sabemos qué otra cosa ha pasado. Y después, esos casos ¿son realmente «casos excepcionales» o más bien «casos límite»? Según la respuesta, dichos casos reciben un carácter ciertamente muy distinto. El caso excepcional puede suprimirse para el conocimiento de la situación global; en cambio, el caso límite manifiesta un factor que se halla en ese todo.

También se podría preguntar: ¿es correcto el camino que ha tomado el uso de las investigaciones científicas para fines bélicos? Espero que ustedes no respondan con la arrogancia del «realista» frente al «romántico»; por lo general, ambos modos de pensar se podrían denominar con otros nombres muy distintos. Ese presunto «romántico» sabe

ciertamente, con toda precisión, de qué «realidades» se trata aquí. Pero pregunta: ¿qué consecuencias debe tener para la ciencia (para su espíritu, su carácter y su entera estructura) el que ella se ponga a disposición del poder político con sus resultados máximamente prometedores y a la vez llenos de problemas, como está haciendo últimamente? Por ejemplo, ¿puede el bacteriólogo -cuya ciencia se ha desarrollado a partir de la medicina, es decir, en última instancia a partir de la preocupación por la salud y la enfermedad del ser humano- preparar la guerra bacteriológica con sus conocimientos y arte sin que ello acarree consecuencias para su actitud científica misma? En la ciencia existe, no obstante, el ser humano; pero ¿el hombre que existe en ese saber está todavía «en orden» cuando él desencadena tormentas de bacterias que hacen retroceder todo lo que la ciencia y el arte de curar habían logrado hasta ahora? ¿No nace de ello un absurdo tan espantoso que ha de llevar a una actitud espiritual de mentira cínica? ¿No es el concepto de «saber» que aquí se origina un auténtico monstruo?

¿Es la científicidad que ha hecho posible todo esto la misma todavía que aquella con la que nos sentimos comprometidos? ¿O se transforma aquí su carácter y, en primer paso, se convierte en técnica para luego, en un segundo paso, llamarse «máquina»; de

modo que los criterios que la determinan ya no están en la «verdad», sino únicamente en la corrección y la utilidad, y finalmente en el poder?

Ven ustedes que aquí no se pronuncia juicio moral alguno acerca de determinadas personas. Tal cosa únicamente sería posible sobre la base de un conocimiento del género más preciso que no está a mi disposición. Pero lo que me interesa no es en absoluto un juicio semejante, sino la cuestión de qué sucede aquí con el valor fundamental científico de la verdad cuando entra en esa simbiosis con las exigencias del poder estatal y de la eficacia política. Si comparo dicho valor con lo que ha pasado y pasa con la ciencia en el ámbito totalitario de otra manera (en nosotros y en cualquier parte), me parece entonces imposible ver en el proceso solo un caso excepcional. Más bien, me temo que es un caso límite del que se debe recelar que apunte hacia una transformación de la actitud científica en general.

Estas cosas nos atañen de la manera más cercana, a saber, por la cuestión siguiente: ¿qué será de nosotros, cuya existencia está determinada por la ciencia, en el curso de este desarrollo?, ¿qué será primero internamente, intelectualmente, en el núcleo de nuestra conciencia de sentido, pero luego

también objetivamente, en el contexto de la vida contemporánea?

La ciencia tenía antes un carácter de especial distinción. Esto se expresa en la estimación que espontáneamente se le profesaba, así como en la responsabilidad que se le asignaba. Ambas cosas vienen desde la historia más antigua. Originariamente, el «saber» estaba en la más estrecha relación con lo religioso. Era enseñanza y sabiduría divinas; y era poder de dirección de la existencia.

Con el desarrollo del pensamiento racional este carácter se transformó; pero el saber siempre siguió siendo algo sobresaliente que se manifestaba en una conciencia de misión y dignidad. Sin embargo, con el desarrollo técnico la ciencia se convirtió finalmente en la base obvia de la entera existencia cultural. Toda actividad, toda institución de nuestra existencia racionalizada está, en efecto, directa o indirectamente determinada por ella. De esta forma, la ciencia perdió su carácter particular; y lo perdió también el hombre que trabajaba para ella. A pesar de todas las ocasionales grandes palabras, ese hombre era percibido por la generalidad ya no como mandatario de aquello extraordinario que se llama «verdad», sino como alguien que tiene que desempeñar determinadas funciones, como productor de corrección útil.

Esto ha de llevar a una transformación del *ethos* del académico mismo. Antes vivía en él la conciencia de una especial responsabilidad. Esta consistía no solo en que sus resultados debían ser correctos -porque de lo contrario en cualquier parte saltaba por los aires una máquina-, sino que estaba relacionada con el concepto de investigar y de la verdad como tales, y con la importancia que estos tenían para la «integridad» de la existencia en general. Más aún y ante todo: aquella responsabilidad residía en la dignidad del servicio a la verdad como tal. Todo esto ha desaparecido en gran medida. El científico se ha identificado con su rendimiento; y este vale tanto como su utilidad. Así, el científico pierde su antiguo lugar en el conjunto de la existencia. Ya no constituye ningún «estatus» cuya aspiración al prestigio se determina por el rango del valor que porta dicho estatus y la responsabilidad impuesta por este, sino que se pone a disposición de modo arbitrario según el fin y lo útil.²

² Esto se muestra también en cómo la ciencia correcta se identifica mayormente, en la conciencia general, con la ciencia de la naturaleza; mientras que las ciencias del espíritu aparecen como algo extraño e inútil. Y asimismo en cómo la formación escolar «realista» se considera, a la ligera, como la única útil y con futuro. Sin embargo, aquí también podría indicarse otra cosa. Científicos naturales de rango han subrayado que la escuela humanista constituye la mejor «preparación» también para el posterior trabajo matemático-científico natural; no porque ella proporcione

Aquí no queremos promover ninguna fantasía. Si la antigua imagen del sabio ha pasado, sencillamente ha pasado. Quizá se configura una nueva cuyo carácter fundamental es el de la «objetividad» y que rechaza todo lo que significa «toga». Quizá se forma otro estilo, preciso, claro, áspero. Pero el científico vigilará para que con ello no se pierda lo que en toda objetividad constituye precisamente el núcleo de su existencia: tener un encargo de parte de lo existente y una responsabilidad para con la verdad, para con la verdad como tal ante toda utilidad para la técnica y el poder. Y una verdad capaz de acuñar la existencia de modo que sea completamente imposible vincular al científico con el perjurio y la traición. Que todo el mundo sepa que, cuando entra en relación con un científico, se encuentra con una conciencia que se siente responsable de la integridad y el orden de lo existente, y que por eso no está a disposición de la arbitrariedad de lo útil y del poder. Para el hombre de lo útil y del poder siempre es incómodo el conseguir tratar con un científico. Podemos decir también que, teniendo a la vista el orden de los valores en conjunto, la

conocimientos directamente útiles para ese trabajo, sino porque crea una actitud libre de la servidumbre de fines que está abierta al mundo y da criterios de auténtica humanidad y de válida creatividad. Quizá se prepara con esto una nueva revaloración de la escuela humanista, pero además también una reflexión sobre órdenes o jerarquías esenciales.

claridad de esa resistencia supone una garantía definitiva para la integridad de la técnica, la economía y el poder estatal mismo.

Confrontarse con esta situación es hoy la cuestión existencial tanto de la ciencia misma como también de los hombres que la sirven. Hasta ahora no hemos pensado en ella porque la respuesta parecía evidente. Pero esta evidencia parece disminuir cada vez más. Y podríamos tener que reconocer que no existe en absoluto aquella autonomía y libertad de presupuestos de la ciencia, aquella que fue afirmada de modo tan seguro por la conciencia moderna como fundamento suficiente del comportamiento científico. Ello dependería, más bien, de presupuestos más profundos que los admitidos por la ideología corriente. Y no se puede evitar la impresión de que estas preguntas son tenazmente apartadas, aunque -o quizá precisamente porque- aquí están en general los problemas centrales de la existencia científica.

III

En cuanto a lo último —el conocimiento filosófico; el estar abierto para las esencialidades; la disposición a satisfacer su reclamo; la voluntad de encontrar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, porque todo el sentido de la existencia pende de ella— hay

ciertamente motivos para dudar de que esta voluntad sea suficientemente vigilante y eficaz.

Incluso prescindiendo de la unilateralidad y las exageraciones que fácilmente conlleva la pregunta por el sentido de la existencia, uno se encuentra, mucho más frecuentemente de lo que quisiera, con declaraciones tras las cuales no puede percibirse mucha responsabilidad real por la verdad. El periodismo filosófico adopta una dimensión crítica. La semicultura filosófica en la radio y la escuela pública superior da motivos de considerable preocupación. Y por lo que concierne a la fantasía filosófica (expresada en la novela, en el drama, en el arte figurativo, en el cine; o en la literatura perteneciente a todo ello), a menudo no se sabe si ha de caracterizarse como inquietante o como desconsolada.

Por no hablar del fenómeno de la «filosofía» impuesta, que no tiene absolutamente nada que ver con la verdad, sino que ha de sostener las posiciones del poder. Y no olvidemos que aquí opera una tendencia que representa la respuesta histórica al carácter autónomo moderno. Una tendencia que ha dominado durante casi treinta años en el fascismo y durante doce en el nacionalsocialismo; que está en el poder desde 1917 y se extiende cada vez más en el bolchevismo.

Todo esto afecta al ambiente del pensar en general e influye también, más fuertemente de lo que se querría admitir, en quienes trabajan seriamente. Estos fenómenos radican, por cierto, en lo que desde Nietzsche llamamos «nihilismo»: donde la capacidad para percibir valores absolutos (para distinguir con claridad lo verdadero de lo falso y lo bueno de lo malo, para atenerse al propio juicio con fuerza de carácter...), este elemento fundamental de la existencia personal, decrece a ojos vistas. Esto no solo constituye, por ejemplo, una actitud escéptica a partir de una aguda crítica, o una desconfianza provocada por la larga experiencia de los aspectos cuestionables de lo humano, sino mucho más: una debilidad en el punto inicial del pensar, una indiferencia respecto a los criterios absolutos, un ablandamiento en el núcleo de la persona y, con ello, en el núcleo de la historia.

Pero allí donde falta la fuerza de una definición intelectual y de una toma de posición personal, entra en su lugar algo distinto: la violencia. El totalitarismo se hace posible precisamente en tanto que en el individuo disminuye la voluntad de lo incondicionado. Sin la fuerza para un «SÍ» o un «NO», no hay libertad alguna. La tiranía del Estado y la debilidad del núcleo personal son dos caras de la misma realidad.

La universidad y sus estudiantes tienen aquí una responsabilidad de extrema trascendencia. Cuando en el ámbito universitario, que está esencialmente determinado por el *ethos* de la verdad, decae la capacidad de percibir la verdad y de atenerse a la verdad conocida, ¿en qué otro lugar habrá de encontrarse entonces la verdad?

En tal caso se mantendría la opinión de que el centro de las decisiones determinantes para la historia se traslade a otro sitio, y que las universidades se transformen en meros centros de formación profesional.

La responsabilidad mayor

|

Pero hay todavía otra cosa que otorga una nueva urgencia a la responsabilidad de la que hablamos.

Desde hace algún tiempo se abre paso en la conciencia común una sensación de amenaza que inhiere primeramente en lo exterior: en conmociones sociopolíticas, en peligros procedentes de nuevas armas, etc. Pero esto son solo sus formas masivas; el riesgo global proviene de algo mucho más profundo. Dicho

riesgo afecta a la existencia en general porque emerge de nuestra situación cultural misma.³

La intención de la actividad cultural humana podría formularse diciendo que, mediante ella, el hombre adopta una posición en y ante la realidad: se protege de los peligros del entorno; crea un espacio para su vida; reconoce, domina, ordena, configura, desarrolla su personalidad, etc. Pero con esto también supera continuamente su ser inmediato. Reconociendo, planificando, dando forma tanto a la obra como a sí mismo, abandona la base de la seguridad natural y penetra en el espacio de la libertad; pero la libertad implica peligro.

Este peligro ha ido aumentando a lo largo de la historia y poco a poco se agudiza: la cultura se vuelve contra quien la ha creado. Por ejemplo, la ciencia de la naturaleza acarrea la técnica, pero esta nos ha llevado al límite de la posibilidad de sucumbir, y a partir de ahora debemos vivir en el contexto de esta posibilidad. La intelección histórica trae las intuiciones más importantes, pero precisamente la plenitud de esta intelección anula nuestra fuerza para una auténtica toma

³ He intentado describirla con más profundidad en dos escritos titulados: *Das Ende der Neuzeit (El fin de la modernidad)*, Madrid: PPC, 1995) y *Die Macht (El poder)*, Buenos Aires: Troquel, 1959). A ellos puedo, quizá, remitirme. Aquí solo presento algunas ideas.

de posición. La estructuración sociológica en continuo perfeccionamiento (todo lo que se llama aparato estatal, administración, estadística) arrastra a los hombres hacia lo totalitario, sea de manera violenta o democrática... Y así habrían de decirse aún muchas cosas. Todo esto se ve en aspectos particulares ya desde hace tiempo; lo muestra la crítica cultural que se ha ido haciendo cada vez más urgente a lo largo de los siglos XIX y XX. Sin embargo, ese estado general ha permanecido en lo inconsciente o se ha manifestado simplemente en una difusa inquietud. Lo nuevo de la presente situación parece consistir en que ese estado de cosas entra en la conciencia. Con lo cual se da también, por cierto, la oportunidad de dejar atrás la ideología del progreso y de dar un paso decisivo en la verdadera mayoría de edad histórica.

Solo un soñador o un propagandista puede decir todavía que el acontecer histórico es sin más un avance hacia lo mejor. En realidad, tal acontecer contiene un elemento trágico, y cierto de antemano y de modo esencial. Cuanto más se desarrolla el nivel cultural, tanto más crece la posibilidad de que este se vuelva contra su autor. Ciertamente, al hombre no le gusta tomar conciencia de ello, y posee una gran habilidad para volverse ciego ante tal circunstancia. Pero que se decida a ver las cosas como son dependerá de hasta dónde llegue

en su seriedad existencial; lo cual nada tiene que ver con la mayor velocidad de los automóviles o la mayor capacidad destructiva de las bombas.

Depende, sobre todo, de la siguiente intuición: hasta hace no mucho era determinante la opinión de que en el hacer humano rige un orden que funciona por sí mismo, un orden semejante al que domina en el contexto de los acontecimientos naturales. La autorregulación de los procesos naturales configuraba el modelo para comprender el orden de los procesos culturales. Se estaba convencido de que, a pesar de todos los peligros y degeneraciones, el hombre es un ser natural. Cuando este planificaba, trabajaba, conquistaba o inventaba, las cosas se combinaban entre sí con necesidad natural y se originaba de suyo esa unidad que se llama «cultura».

La intuición pone de manifiesto que esto ha sido un error. Lo cual tenía quizá un sentido histórico; a veces también los errores cumplen funciones. De ahí podría haber venido, entonces, el coraje para atreverse con la nueva situación mundial emergente. En todo caso, la fe en el progreso constituye hoy, con su falso optimismo, el mayor obstáculo para dar aquel paso en la seriedad que es exigido si queremos controlar realmente la situación.

Las cosas humanas no funcionan tal como la modernidad lo ha imaginado. El obrar del hombre es un constante trascenderse a sí mismo. Continuamente contrapone a lo que es, aquello que puede ser; a lo real, lo posible. Pero esto último puede ser de la índole más contraria: algo útil o dañino; moralmente bueno o malo. Pues la historia humana no es una forma superior de la historia natural. La intuición humana es algo esencialmente distinto de lo que hace el animal cuando percibe el enemigo o la presa. El ser social humano es por esencia diferente de las organizaciones sociales de determinados insectos. Y lo que hace la técnica humana tiene únicamente ciertos mecanismos en común con las actividades de la abeja o del castor. Mediante cada acto del hombre puede darse el paso a lo libre, pero con ello también a la posibilidad de la prosperidad o del hundimiento. El avance de los diversos rendimientos mismos no proporciona ninguna garantía de que ellos vayan a crecer conjuntamente hasta una totalidad que conlleve una auténtica existencia humana.

II

Aquí se vislumbra un nuevo problema para la universidad y el estudiante; y con él, una nueva responsabilidad. El espacio de una con-

ferencia no nos permite desarrollar todo el contexto. Extraeremos de él tan solo una línea.

La idea de la autonomía del crear humano ha llegado a un punto en el que cada una de sus distintas formas de trabajo (ciencia, política, arte, economía, etc.) se ha desarrollado a partir de sí misma preocupándose poco de las otras. Con respecto al todo cultural, se trata de un proceso análogo a como si en un organismo los órganos particulares se desarrollaran en exceso y sin entrar en relación con los otros. Nuestra cultura se compone, en gran medida, de funciones particulares hipertrofiadas. Algunos ejemplos aclararán lo que aquí se indica.

El saber y comprender históricos se han desarrollado enormemente. La extensión de las épocas examinadas, el número de hechos averiguados y la diversidad de situaciones investigadas crecen cada vez más. Sin duda alguna, esto es magnífico. El conocimiento de la existencia humana dispone de un material antes inimaginable. Pero ¿qué efecto tiene todo esto en la capacidad de tomar posición, o sea, en aquel acto donde decididamente se dice sí o no, se adquiere una convicción o se acredita un carácter? Ciertamente, no cabe ninguna duda de que con ello esta capacidad disminuye. Cuanto más sabe uno sobre historia —añadamos también lo de otros ámbitos del saber: cuanto más entiende de sociología,

profundiza en psicología, etc.—, tanto más relativista se vuelve y más se inclina al escepticismo; y tanto mayor será el esfuerzo que deberá ponerse, desde el núcleo personal, para realizar el acto del que no obstante depende el honor de la existencia. Sin embargo, ¿acaso la ciencia histórica se preocupa de este efecto? ¿Y se preocupa no solo considerándolo a su vez como un fenómeno histórico -pensemos, por ejemplo, en la investigación del nihilismo europeo-, sino con una preocupación existencial que además resalte verdaderamente?

En otras palabras, el aparato asegurador trabaja para hacer desaparecer el coeficiente de inseguridad de la existencia. Las posibilidades de enfermedad, accidente, catástrofes naturales, etc. han de ser superadas mediante cálculo de probabilidad y organización. Así, ya hay regiones (*Lander*) en las que -según se oye- la idea de un seguro general para todos puede hacerse realidad en breve... Que mediante ello se superan muchas desgracias es algo evidente. Pero ¿qué significa esto para el hombre mismo?; ¿para su esmerado cuidado en el prever?; ¿para la seriedad que se impone sacrificios en el presente con vistas al futuro?; ¿para el coraje de aventurarse en lo desconocido?; ¿para el contacto interior con el curso de la vida, o expresado religiosamente, para la confianza en la providencia? Todo

esto ha de ir debilitándose cada vez más. Sin embargo, ¿acaso la gente que se asegura y que asegura a otros se preocupa, en sus reflexiones y planes, de esta consecuencia?; ¿la incluyen en su trabajo, es decir, de modo que esa inclusión tenga también consecuencias?

Dicho todavía de otra manera: es indudable que constituye una ganancia el que hayamos llegado a estar en condiciones de reproducir las obras de arte. Obras pictóricas, plásticas y arquitectónicas, a las que no podríamos acceder, se nos traen a la vista de este modo. Lo que está colgado en un museo podemos contemplarlo en los libros ilustrados de nuestras bibliotecas y en las paredes de nuestras habitaciones. Se han desarrollado métodos de imitación —incluso en la confección plástica de una obra pictórica— de modo que hace falta fijarse mucho para advertir que no se trata del original... Pero, ¿cómo influye la técnica que no deja de perfeccionarse y el número de esas reproducciones que no deja de crecer?

¿No termina ocurriendo que la obra pierde fuerza hasta desaparecer del campo donde impresiona? ¿No sucede eso especialmente cuando pensamos en todas las reproducciones de segunda, quinta o décima serie; en ilustraciones de libros y postales hasta utilizarlas sin escrúpulo con fines propagandísticos? ¿Quién busca hoy, por ejemplo, *Los*

girasoles de Van Gogh?, ¿no han sido suprimidos como elemento de nuestra conciencia artística?

Aún queda mucho por decir acerca de esta cuestión. Por todas partes se haría claro el mismo proceso: una determinada actividad, con sentido en sí misma, crece, se independiza y pierde relación con lo demás, y en otro lugar se origina un inconveniente igualmente creciente. Pues la existencia humana es un todo, y lo que aquí se vuelve eficaz viene a ser válido, mediante ese todo, en otra parte: sea en sentido beneficioso o perjudicial.

Sin embargo, ¿quién se preocupa de estas cosas? ¿Quién guarda en la conciencia el todo de la vida humana y de la obra humana? ¿Quién sabe de las innumerables interacciones que desempeñan un papel en ese todo?, ¿quién se siente responsable de ellas? ¿Quién pregunta por los presupuestos de que el todo permanezca íntegro, de que el ser humano pueda existir como humano en su obra? Por último, tras esta pregunta está la cuestión, oscuramente amenazadora: ¿no ha sido absolutamente suprimida, entonces, la cultura creciente en el sentido de que el hombre pueda desarrollarse en ella?; ¿van generalmente en la misma dirección -como la superficialidad de la fe en el progreso lo acepta con tanta seguridad- la línea de sentido de la cultura

objetiva y la de la existencia?, ¿o no es la realidad verdaderamente distinta?

Les ruego a ustedes, damas y caballeros, que se acerquen de nuevo a esta pregunta. Que personas particulares se han preocupado de esto, y que continúan haciéndolo, es algo que está fuera de duda. Sin embargo, ¿vive esta preocupación como un elemento de la conciencia viva de nuestra cultura, como un factor que ejerce alguna influencia?

Me temo que no. Pero ¿y si de que esto suceda dependiera nuestro futuro? ¿Y si de ello dependiera la posibilidad de la continuidad de la existencia o, en todo caso, la posibilidad de una vida con sentido y humanamente digna?

Para la concepción general, es seguro que el desarrollo intelectual y técnico debe proseguir así como va. Según esto, tal desarrollo no sería ningún obrar libre, sino una forma de proceso natural de grado superior. ¿No es esto, sin embargo, la antítesis del carácter autónomo de la cultura? ¿No están, por una parte, las iniciativas especiales responsables solo ante sí mismas y, por otra, un haber caído en la lógica inmanente del proceso cultural general? ¿No ocurre así porque en ambos casos no hay ninguna instancia que esté más allá de esa dialéctica y apele a la persona, a la responsabilidad por sí misma?

¿Y no se pone de manifiesto el último escollo de la situación actual en el hecho de que todo intento de modificación se declare «romántico»?

III

Todo esto significa que la nueva situación, con sus oportunidades y peligros, se considera desde un modo de pensar que pertenece a una época pasada.

Toda forma cultural contiene una conciencia que le corresponde; una actitud que es conforme a ella. La que se nos exige a nosotros, al parecer, no existe; o —digamos más esperanzados— no existe todavía. Así, la tarea parece ser la de crear una disposición de ánimo que esté a la altura de la situación.

¿Qué elementos debería contener esta disposición de ánimo?

Sobre todo, debería superar la idea de que los diversos ámbitos culturales son autónomos, pues la existencia humana constituye un todo —hoy más que nunca, y en una medida cada vez más rápidamente creciente—. El tráfico de operaciones, las redes de noticias o los recíprocos efectos políticos y económicos unen todo el planeta y su acontecer, cada vez más velozmente, en un campo global; de modo que lo que ocurre en un sitio se vuelve

eficaz en otro. Por eso, un constante buscar el contacto con el todo y, dentro de él, con las esferas particulares entre sí debería convertirse en un instinto.

Además, debería llegarse a la convicción de que no hay ninguna necesidad inevitable de continuar. Ampliamente domina la idea de que, tan pronto como algo (un problema teórico, una posibilidad técnica, una situación de poder) se destaca en la historia, se debe ir adelante forzosamente con su realización, porque los seres en los que se alcanza esta conciencia son muchos y se comportan, por eso, como una masa mecánica. Se debería ver que esto no es verdad; que se trata de seres humanos y estos son libres. Por tanto, debería ponerse de manifiesto que la doctrina de la necesidad de los procesos culturales, apoyada por teorías sumamente sensatas, contiene una sutil pero terrible falsedad tras la que se esconde la intención de ser descargada de cualquier responsabilidad. La disposición de ánimo a la que nos referimos está convencida de que, apenas lo queramos honradamente, podemos muy bien resistirnos a las tendencias entrañadas en una situación cultural, aunque no sin esfuerzo y sacrificio.

Pero el medio por el cual se podrían dirigir los procesos y contener los efectos negativos es -espero que no se asusten ustedes ante la palabra desacreditada por el

naturalismo y el liberalismo- la ascesis. Nada grande se logra sin ella; pues la ascesis no es otra cosa que la autodisciplina que renuncia a algo deseable para alcanzar algo más alto; reduce un efecto parcial para que crezca el todo; en la economía del propio ser, potencia las fuerzas de penetración intelectual, de libertad y de responsabilidad frente al impulso y la indolencia. Tan pronto como falta todo esto, es evidente que no puede hablarse ni de independencia ni de fuerza configuradora.

Y, en fin, este comportamiento debería tener un punto de referencia respecto al cual puedan juzgarse y ponerse en relación los aspectos particulares de la cultura. Tal punto de referencia es una correcta idea de la persona humana. Hay que conocer qué es el hombre; cómo existe en el tiempo; qué jerarquía de valores vale para él; qué es importante y qué no lo es; qué es fin y qué es medio. Una mirada a la indescriptible confusión de las ideas antropológicas muestra que hoy no existe tal imagen.

Todo esto junto, ¿cómo lo llamaremos? Es la preocupación del hombre, que se ha hecho realmente adulto, por su existencia ante los peligros que le amenazan.

Una actitud que encarna a la vez una auténtica responsabilidad y una verdadera soberanía: una capacidad -usando una

palabra procedente de la esfera política- de «gobernar»; pero no para guiar a los individuos y grupos hacia fines de poder, sino para relacionar entre sí impulsos humanos, metas creativas y ámbitos operativos a fin de que pueda prosperar la existencia humana en su integridad.

Esta actitud debería basarse, por su parte, en una conciencia que se haya liberado de la decadente conciencia de autonomía propia de la modernidad, así como de su opuesto, o sea, de la capitulación ante la voluntad utilitarista y el poder totalitario. Esta conciencia debe crecer genuina y vigorosamente, si se quiere que la nueva época, desarrollada por la ciencia y la técnica, vaya hacia el bien.

Pero ¿dónde ha de encarnarse tal actitud? En primer lugar, naturalmente, en cada individuo que vea los problemas y no se quede aprisionado en el hechizo de cualquier ámbito de actividad. Sin embargo, ¿no hay también instituciones donde se podría promover esta conciencia y asumir esta responsabilidad?

Sabemos que esto se ha intentado, y continúa haciéndose, en la mayor medida. Aquello que hizo posible que surgiera el sistema de doce años⁴ fue, en no poca medida,

⁴ * De nuevo se refiere al nazismo (N. del trad.)

el sentimiento de que mediante él se podían arreglar los acontecimientos de la época, que por todos lados se desbordaban y desmoronaban. Desde luego, esto sucedió de un modo que en realidad significó destrucción, pues eliminó la persona con su libertad; así como también excluyó aquello en lo que toda persona y libertad encuentran su garantía, a saber, la relación con Dios.

Y por lo que se refiere a aquel peligro, que amenaza a todos, del burocratismo -que en realidad es una forma de totalitarismo de un modo frío-, también este saca su fuerza de la intrínseca anarquía de nuestra cultura. No tiene mucha utilidad enfadarse con él hasta que la función que busca arrastrar tan sospechosamente hacia sí no se cumpla de manera correcta.

No obstante, el fomento de dicha conciencia y actitud es posible; debe ser posible; y ha de buscarse el modo de que ello suceda. La argumentación desemboca aquí, de nuevo, en el tema de esta conferencia: ¿no podría ser la universidad un lugar donde se reflexione sobre estas cuestiones, donde se reconocieran estas tareas y donde se pudiera adquirir la conciencia que haga posible su realización? ¿No debería ella, que era y sigue siendo —a pesar de todo detrimento— el lugar más importante de la investigación de la verdad; no debería ella asumir especialmente esta preocupación?

Es evidente que con esto no puede pensarse en una especie de sede suprema de control y dirección de la labor cultural. Semejante cosa sería máximamente contradictoria con el espíritu de la universidad. Se trata, más bien, de la aclaración científica de las relaciones entre los ámbitos culturales particulares; de la configuración de una concepción global de lo que significa una cultura viable y digna de vivirse, o sea, aquella representación que debería basarse en un auténtico concepto de lo que es el hombre. Aquí reside también, ciertamente, el sentido propio de aquello a lo que se refieren las palabras «*studium generale*» y «*universale*». Los esfuerzos hechos hasta ahora no parecen ser muy fructíferos, quizá porque la idea que los guiaba se ha desarrollado, bajo el influjo de un racionalismo convencional, en la forma de un saber enciclopédico. Los puntos de vista arriba expuestos podrían obrar aquí de manera clarificadora y fecunda.

Pues no se trata solo de una tarea teórica, sino también y especialmente de una tarea pedagógica: formar una viva conciencia de la existencia humana; una sensibilidad para los efectos recíprocos que desempeñan un papel en ella; una viva responsabilidad a la vista del caos interior emergente y cada vez más inquietante; una auténtica preocupación por el hombre y su obra.

Este libro se terminó de imprimir en
diciembre de 2014 en caracteres
Book Antiqua y Avenir.